

é cuando á él llegó andaba al derredor por se guardar de los golpes; y el caballero Griego, que gran saña tenía, quería herir, é á las veces acertaba en el padron, que de piedra muy dura era, é facia dél y de la espada salir llamas de fuego; é como le vió cansado, que ya no se mudaba, tomóle entre sus brazos, é apretóle tan fuerte, que de toda su fuerza lo desapoderó, y dejólo caer en el campo; entonces tomóle el escudo, é dióle con él tal golpe encima de la cabeza, que fué fecho piezas, y el romano quedó tal como muerto, é púsole la punta de la espada en el rostro é pujóla ya cuarto, é Gradamor estremeciése, é escondía el rostro, del gran miedo, é ponía sus brazos sobre la cabeza, con temor de la espada, é comenzó á decir: «¡Ay buen Griego, señor! no me matéis, é mandad lo que haga.» Mas el caballero Griego mostraba, que no lo entendía, é como lo vió acordado, tomóle por la mano, é dándole de llano con la espada en la cabeza, le hizo, mal de su grado, poner en pié, é fizole señal que se subiese al padron; mas él era tan flaco, que no podía, y el Griego le ayudó; y estando así de piés sosegado, dióle de las manos tan recio, que le hizo caer tendido, é como él era grande y pesado é cayera de alto, quedó tan quebrantado, que no bullía, y el Griego le puso las piezas del escudo sobre los pechos; é yendo á Lasamor, tomóle por la pierna, y llevólo arrastrando cabe su hermano, é todos pensaban que los quería decabezar, é don Grumedan, que con placer lo miraba, dijo: «Páreceme que el Griego bien ha vengado su escudo.»

Esplandian el doncel, que la batalla miraba, pensando que el caballero Griego quería matar los dos caballeros que vencidos tenía, habiendo duelo dellos, dió de las espuelas á su palafren é llamó á Ambor, su compañero, é fué donde los caballeros estaban. El caballero Griego, que así lo vió venir, esperóle por ver qué quería, é como cerca llegó, parecióle el mas fermoso doncel de cuantos en su vida viera; y Esplandian se llegó á él é dijole: «Señor, pues que estos caballeros son en tal estado que no se pueden defender, y es conocida la vuestra bondad, hacedme gracia dellos, pues con vos queda toda la honra.» Y él daba á conocer que no lo entendía; y Esplandian llamó á altas voces al conde Argamonte que se llegase allí, que el caballero Griego no le entendía su lenguaje; y el Conde vino luego, y el Griego le preguntó qué demandaba el doncel, y él le dijo: «Pídeos, Señor, esos caballeros que gelos deis.—Mucho sabor habria de los matar, dijo él; pero yo gelos otorgo.» E dijo al Conde: «Señor, ¿quién es este tan hermoso doncel, é cuyo hijo es?» El Conde le dijo: «Cierto, caballero, eso no os diré yo; que no lo sé, ni ninguno que en esta tierra sea.» E contóle la manera de su crianza. «Ya yo oí hablar de este doncel en Romanía, y pienso que se llama Esplandian, é dijéronme que tenía en los pechos unas letras.—Verdad es, dijo el Conde, é bien las podeis ver, si quisiéredes. Mucho os lo agradeceré, y á él, que me las enseñe, que extraña cosa es de oír, é mas de ver.» El Conde le rogó á Esplandian que gelas mostrase, y llegóse mas cerca, é traía cota é capirote francés trenado con leones de oro, é una cinta de oro estrecha ceñida,

y el sayo y capirote se abrochaba con brochas de oro; é quitando algunas de las brochas, mostró al caballero Griego las letras, de que fué maravillado, teniéndolo por la mas extraña cosa que nunca oyera; é las letras blancas decían *Esplandian*, mas las coloradas no las pudo entender, aunque bien cortadas y hechas eran, é dijole: «Doncel fermoso, Dios os haga bienaventurado.» Entonces se despidió del Conde é cabalgó en su caballo, que allí su escudero le tenía, é fuése donde Grasinda estaba, é dijole: «Mi señora, enojada habréis estado en esperar mis locuras; mas poned la culpa á la soberbia de los romanos, que lo han causado.—Si Dios me salve, dijo ella, antes las vuestras venturas buenas me facen ser muy alegre.» Entonces movieron de allí contra las fustas, é Grasinda, con gran gloria é alegría de su ánimo, y no menos el Griego caballero en haber parado tales á los romanos, de que muchas gracias daba á Dios. Pues llegados á las barcas, haciendo poner las tiendas dentro, movieron luego la via de la insola Firme. Mas dígoos de Angriote de Estravaus y don Bruneo, que quedaron por mandado del caballero Griego en una galea, porque escondidamente ayudasen á don Grumedan en la batalla que puesta tenía con los romanos, rogándoles que pasando aquella afrenta como á Dios pluguiese, procurasen de saber algunas nuevas de Oriana, y se fuesen luego á la insola Firme. Al buen doncel Esplandian fué mucho agradecido lo que hizo por los caballeros romanos en les quitar la muerte, á que tan allegados estaban.

## CAPÍTULO XVIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por Oriana para la entregár á los romanos, é de lo que le acaeció con un caballero de la insola Firme, y de la batalla que pasó entre don Grumedan é los compañeros del caballero Griego contra los tres romanos desafiadores; y de cómo, despues de ser vencidos los romanos, se fueron á la insola Firme los compañeros del caballero Griego, y de lo que allí hicieron.

Oído habeis cómo Oriana estaba en Miraflores, é la reina Sardamira con ella, que por mandado del rey Lisuarte la fué á ver para le contar las grandezas de Roma, y el mando tan crecido que con aquel casamiento del Emperador se le aparejaba. Agora sabed que habiéndola ya el Rey su padre prometido á los romanos, acordó de enviar por ella para dar orden cómo la llevasen, é mandó á Giontes, su sobrino, que tomase consigo otros dos caballeros é algunos sirvientes é la trajesen, é no consintiese que ningun caballero con ella hablase. Giontes tomó á Gangel de Sadoca, é á Lasamor é otros servidores, é fuése donde Oriana estaba, é tomándola en unas andas, que de otra guisa venir no podía, segun estaba desmayada del mucho llorar, é sus doncellas é la reina Sardamira con su compañía partieron de Miraflores, é veníanse camino de Tagádes, donde el Rey estaba, é al segundo dia acaeció lo que agora oiréis; que cerca del camino, debajo de unos árboles, cabe una fuente estaba un caballero en un caballo pardo, y él muy bien armado, é sobre su loriga vestía una sobreseñal verde, que de una parte é otra se abrochaba con cuerdas verdes é ojales de oro; así que, les pareció en gran manera fermoso, é tomó un escudo y

echólo al cuello, é tomó una lanza con un pendon verde, y esblandecióla un poco, é dijo á su escudero: «Vé é di á aquellos aguardadores de Oriana que les ruego yo que me dén lugar cómo yo la hable; que no será daño dellos ni della; é si lo ficieren, que gelo agradeceré; é si no, que me pesará, pero seran forzados de probar lo que puedo.» El escudero llegó á ellos é dijoles el mensaje, é cuando les dijo que haría su poder por la hablar, riéronse dello é dijéronle: «Decid á vuestro señor que no la dejaremos ver, y que cuando su poder probare no habrá hecho nada.» Mas Oriana, que lo oyó, dijo: «¿Qué os hace á vosotros que el caballero me fable? Quizá me trae algunas nuevas de mi placer.—Señora, dijo Giontes, el Rey vuestro padre nos mandó que no consintiésemos que ninguno se llegase á os hablar.» El escudero se fué con esta respuesta, é Giontes se aparejó para la batalla, é como el caballero de las Armas Verdes lo oyó, fué luego contra él, é diéronse grandes encuentros en los escudos; así que, las lanzas fueron en piezas; mas el caballo de Giontes, con gran fuerza del encuentro, hobo la una piedad salida de su lugar é cayó con su señor, é tomándose el un pié debajo con la estribera donde le tenía, no se pudo levantar. El caballero de las Armas Verdes pasó por el hermoso cabalgante, é tornó luego é dijo: «Caballero, ruégoos que me dejeis hablar con Oriana.» El le dijo: «Ya por mi defensa no lo perderéis, aunque mi caballo ha la culpa.» Entonces Gangel de Sadoca le dió voces que se guardase, é no posiese las manos en el caballero; que moriria por ello. «Ya os toviere á vos en tal estado, dijo él.» E movió contra él cuanto el caballo lo pudo llevar, con otra lanza que su escudero le dió, y erró el encuentro; é Gangel de Sadoca lo encontró en el escudo, donde quebró la lanza, mas otro mal no le hizo; y el caballero tornó á él, que le vió estar con su espada en la mano, y encontróle tan fuertemente, que la lanza voló en piezas, é Gangel fué fuera de la silla é dió gran caída, é luego sobrevino Lasamor; mas el caballero, que muy diestro era en aquel menester, guardóse tan bien, que le hizo perder el golpe de la lanza; así que, Lasamor la perdió de la mano, é juntáronse tan bravamente uno con otro, que los escudos fueron quebrados, é Lasamor hobo el brazo en que lo tenía quebrado; y el de las Armas Verdes, que á él volvió con la espada en la mano, vió cómo estaba desacordado, é no lo quiso herir, mas desenfrenóle el caballo y dióle de llano con la espada en la cabeza, é fizole ir fuyendo por el campo con su señor, é como así lo vió ir, no pudo estar que no riese.

Entonces tomó una carta que traía, é fuése contra donde Oriana en sus andas estaba, y ella, que así lo vió vencer aquellos tres caballeros tan buenos en armas, cuidó que era Amadís, y estremeciése el corazón; mas el caballero llegó á ella con mucha homildad, y tendió la carta é dijo: «Señora, Agrájes é don Florestan os envían esta carta, en la cual fallaréis tales nuevas que os darán placer, é á Dios quedeis, Señora; que yo me vuelvo á aquellos que á vos me enviaron, que sé cierto que me habrán bien menester, aunque sea de poco valor.—Al contrario deso me parece á mí, dijo Oriana, segun lo que he visto, é ruégoos que me

digais vuestro nombre, que tanto afan pasastes por me dar placer.—Señora, dijo él, yo soy Gavarte de Val Temeroso, á quien mucho pesa de lo que el Rey vuestro padre contra vos face; mas yo fio en Dios que muy duro le será de acabar; antes morirán tantos de vuestros naturales y de otros, que por todo el mundo será sabido.—¡Ay don Gavarte, mi buen amigo! á Dios plega por la su merced de me llegar á tiempo que esta vuestra gran lealtad de mí os sea galardonada.—Señora, dijo él, siempre fué mi deseo de os servir en todas las cosas como á mi señora natural, y en esta mucho mas, conociendo la gran sinrazon que os facen, é yo seré en vuestro socorro con aquellos que la servir quisieren.—Mi amigo, dijo ella, ruégoos mucho que así lo razeis donde os falláredes.—Así lo haré, dijo él, pues que con lealtad facer lo puedo.» Entonces se despidió della, é Oriana se fué á Mabilia, que estaba con la reina Sardamira é la Reina le dijo: «Páreceme, mi señora, que iguales hemos sido en nuestros aguardadores; no sé si lo ha fecho su flaqueza ó la desdicha deste camno; que aquí donde los vuestros, los míos fueron vencidos é mal trechos.» Desto que la Reina dijo rieron todas mucho mas los caballeros estaban avergonzados é corridos, que no osaban ante ellas parecer. Oriana estuvo allí una pieza, en tanto que los caballeros se remediaban; que el caballo que llevaba Lasamor no lo pudo volver fasta gran pieza, é apartóse con Mabilia, y leyeron la carta, en la cual fallaron cómo Agrájes é don Florestan é don Gandáles le facian saber cómo eran ya en la insola Firme Gandalin é Ardian el enano, y que en esos ocho dias seria con ellos Amadís, é cómo por ellos les enviaba decir que toviessen una gran flota aparejada, que la habia menester para ir á un logar muy señalado, y que así la tenían ellos; que hobiese placer, é toviere esperanza que Dios sería por ella.

Mucho fueron alegres de aquellas nuevas sin comparación, como quien por ellas esperaban vivir; que por muertas se tenían si aquel casamiento pasase; é Mabilia confortaba á Oriana é rogábala que comiese, y ella fasta allí, con la gran tristeza, no quería ni podía comer, ni con la mucha alegría. Así fueron por su camino fasta que llegaron á la villa donde el Rey era; pero antes salió el Rey é los romanos á las recibir, é otras muchas gentes. Cuando Oriana los vió comenzó á llorar fuertemente, é fizose decender de las andas, é todas sus doncellas con ella, é como le veían facer aquel llanto tan dolorido, lloraban ellas y mesaban sus cabellos, y besábanle las manos é los vestidos, como si muerta ante sí la toviessen; así que, á todos ponian gran dolor. El Rey, que así las vió, pesóle mucho, é dijo al rey Arban de Norgales: «Id á Oriana, é decilde que siento el mayor pesar del mundo en aquello que face, y que la envío á mandar que se acoja á sus andas é sus doncellas, é faga mejor semblante y se vaya á su madre; que yo le diré tales nuevas de que será alegre.» El rey Arban gelo dijo como le fué mandado; mas Oriana respondió: «¡Oh rey de Norgales, mi buen primo! pues que mi gran desventura me ha sido tan cruel, que vos é aquellos que por socorrer las tristes é cuitadas doncellas muchos peligros habeis pasado, no me podeis con las armas socorrer, acordadme si-

quiera con vuestra palabra, aconsejando al Rey mi padre que no me haga tanto mal, é no quiera tentar á Dios, porque las sus buenas venturas que hasta aquí le ha dado, al contrario no gelas torne; é trabajad vos, mi primo, cómo aquí me lo hagais llegar, y vengan con él el conde Argamon é don Grumedan, que en ninguna guisa de aquí no partiré hasta que esto se haga.» El rey Arban en todo esto no facia sino llorar muy fuertemente, é no le pudiendo responder, se tornó al Rey é díjole el mandado de Oriana. Mas á él se le hacia grave ponerse con ella en la plaza en aquella afrenta, porque mientras mas sus dolores é angustias eran á todos notorias, mas la culpa dél era crecida. El conde Argamon, viéndole dudar, rogóelo mucho que lo ficiese, é tanto le afincó, que venido don Grumedan, el Rey con ellos tres se fué á su casa, é cuando ella le vió fué contra él así de hinojos como estaba, é sus doncellas con ella; pero el Rey se apeó luego, é alzándola por la mano, la abrazó, y ella le dijo: «Mi padre é mi señor, habed piedad desta fija, que en fuerte punto de vos fué engendrada, é oidme ante estos hombres buenos.—Fija, dijo el Rey, decid lo que os ploguiere; que con el amor de padre, que os debo, os oiré.» Ella se dejó caer en tierra por le besar los piés, y él se tiró afuera, y levantóla suso. Ella dijo: «Mi señor, vuestra voluntad es de me enviar al emperador de Roma, é partirme de vos y de la Reina mi madre y desta tierra, donde Dios natural me fizo; y porque desta ida yo no espero sino la muerte, ó que ella me venga, ó que yo mesma me la dé; así que, por ninguna guisa se puede complir vuestro querer; de lo que á vos se sigue gran pecado en dos maneras: la una, ser yo á vuestro cargo desobediente, é la otra morir á causa vuestra; y porque todo esto sea excusado, é Dios sea de nosotros servido, yo quiero ponerme en órden é allí vivir, dejándoos libre para que de vuestros reinos y señoríos dispongais á vuestra voluntad, é yo renunciaré todo el derecho que Dios me dió en ellos á Leonoreta, mi hermana, ó á vos, cual vos mas quisiédes; y, Señor, mejor seréis servido del que con ella casare que de los romanos, que por causa mia, allá me teniendo, luego vuestros enemigos serán; así que, por esta via que los ganar cuidais, por esta misma, no solamente los perdeis, mas, como dije, los faceis enemigos mortales vuestros; que nunca en al pensarán sino en cómo habrán esta tierra.—Mi fija, dijo el Rey, bien entiendo lo que me decis, é yo os daré la respuesta ante vuestra madre; acogedlos á vuestras andas é idvos para ella.»

Entonces aquellos señores la posieron en las andas é la llevaron á la Reina su madre, é allá llegada, recibióla con mucho amor, pero llorando; que mucho contra su voluntad se hacia aquel casamiento. Mas ni ella ni todos los grandes del reino ni los otros menores nunca podieron mudar al Rey de su propósito, y esto causó que ya la fortuna, enojada é cansada de le haber puesto en tan gran alteza é buenas venturas, por causa de las cuales mucho mas que solia de la ira é de la soberbia se iba haciendo sujeto, quiso mas por reparo de su ánima que de su honra mudársele al contrario, como en el cuarto libro desta grande historia vos

será contado, porque hí se declarará mas largamente. Mas la Reina, con mucha piedad que tenia, consolaba á la fija, é la fija con muchas lágrimas, con mucha homildad, hincados los hinojos, le demandaba misericordia, diciendo que, pues ella señalada en el mundo fuese para consolar las mujeres tristes, para buscar remedio á las atribuladas, que ¿cuál mas que ella, ni tanto, en todo el mundo fallar se podría? En esto y en otras cosas de gran piedad á quien las veia, estovieron abrazadas la madre é la fija, mezclando con los grandes deleites pasados las angustias é grandes dolores que muchas veces á las personas les son sobrevenidos, sin que ninguno, por grande é por discreto que sea, los puede fuir. Y el conde Argamon y el rey Arban de Nor-gales é don Grumedan apartaron al Rey debajo de unos árboles, y el Conde le dijo: «Señor, por dicho me tenia de vos no hablar mas en este caso, porque siendo vuestra gran discrecion tan extremada entre todos, conociendo mejor lo bueno é contrario, bien é honestamente me podría excusar; pero, como yo sea de vuestra sangre é vuestro vasallo, no me contento ni satisfago con lo dicho, porque vea, Señor, que así como los cuerdos muchas veces aciertan, así cuando una yer-ran es mayor que de ningun loco, porque atreviéndose en su saber no tomando consejo, cegándose amor, desamor, codicia ó soberbia, caen donde muy á duro levantar se pueden. Catad, Señor, que faceis gran cruera y pecado, é muy presto podríades haber tal azote del Señor muy alto con que la vuestra gran claridad é gloria en mucha escuridad puesta fuese; acogedlos á consejo esta vez, considerando cuántos cuerdos, desechando los suyos, doblando sus voluntades, los vuestros é la vuestra siguieron; porque si dello mal os viniere, dellos mas que de vos quejar os podais; que este es un gran remedio y descanso de los errados.—Buen tio, dijo el Rey, bien tengo en la memoria todo lo que ante me habeis dicho, mas yo no puedo mas hacer sino complir lo que á estos tengo prometido.—Pues Señor, dijo el Conde, demádoos licencia para que á mi tierra me vaya.—Adios vayais,» dijo el Rey.

Así se partieron de aquella habla, y el Rey se fué á comer; é los manteles alzados, mandó llamar á Brondajel de Roca é díjole: «Mi amigo, ya védes cuánto contra voluntad de mi hija y de todos mis vasallos, que la mucho aman, se face este casamiento; pero yo, conociendo darla á hombre tan honrado é ponerla entre vosotros, no me quitaré de lo que os he prometido; por ende, aparejad las fustas; que dentro en tercero día os entregaré á Oriana con todas las sus dueñas é doncellas; poned en ella recaudo que os no salga de una cámara, porque no acaezca algun desastre.» Brondajel le dijo: «Todo se hará, Señor, como lo mandais, é aunque agora se le haga grave á la Emperatriz mi señora salir de su tierra, donde á todos conoce, viendo las grandezas de Roma y el su gran señorío, cómo los reyes é príncipes ante ella para la servir se homiliaren, no pasará mucho tiempo que su voluntad con mucho contentamiento será satisfecha; y tales nuevas antes de mucho os serán, Señor, escritas.» El Rey lo abrazó riendo é díjole: «Si me Dios salve, Brondajel mi amigo, yo creo que tales sois vosotros que muy bien sabréis

hacer cómo ella sea en su alegría cobrada.» E Salustanquidio, que se ya levantara, le pidió por merced que mandase ir con su fija á Olinda; y que él le prometia que siendo él rey, como el Emperador gelo prometiera, en llegando con Oriana, él la tomara por su mujer. Al Rey plogo dello, y estóvogela loando mucho, diciendo que, segun su discrecion é honestidad é gran fermosura, que muy bien merecia ser reina é señora de gran tierra. Así como ois pasaron aquella noche, é otro día posieron en las barcas todo lo que habian de llevar, é Maganil é sus hermanos parecieron ante el Rey, é con gran orgullo dijeron á don Grumedan: «Ya védes cómo se acerca el día de vuestra vergüenza, que mañana se cumple el plazo en que la batalla que con locura demandastes se ha de hacer; no penseis que la partidala ha de estor-lar, ni otra cosa ninguna; que necesario es, si no os otorgais por vencido, que pagueis los desvarios que dejistes, como hombre de muy mayor edad que seso ni tento.» Don Grumedan, que cuasi fuera de sentido estaba, oyendo aquello, levantóse para responder; mas el Rey, que lo conocia ser muy sensible en las cosas de honra, hobo recelo dél é dijo: «Don Grumedan, luego por mi servicio que no fableis en esto, é aparejados á la batalla, pues que vos mejor que ninguno sabeis que semejantes autos mas consisten en obras que en palabras.—Señor, dijo él, haré lo que mandais por vuestro acatamiento, y mañana yo seré en el campo con mis compañeros, é allí parecerá la bondad ó maldad de cada uno.»

Los romanos se fueron á sus posadas, y el Rey llamó aparte á don Grumedan é díjole: «¿Quién teneis que os ayude contra estos caballeros, que me parecen recios é valientes?—Señor, dijo él, yo he por mi á Dios, y este cuerpo y corazon é manos que él me dió; si don Galaor viniere mañana fasta la tercia, haberlo he, que soy cierto que manterná é mi razon, é no me quejaría por el tercero; é si no viniere, combatiré he con ellos uno á uno, si de derecho hacer se puede. ¿No védes, dijo el Rey, que la batalla fué demandada de tres por tres, y vos así lo otorgastes, y no la querrán mudar, porque así lo tienen puesto é jurado en las manos de Salustanquidio?—Don Grumedan, dijo el Rey, si me Dios salve, mucho he gran pesar en el mi corazon porque os veo menguado de tales compañeros cuales habédes menester en tal afrenta, é mucho me temo de cómo esta vuestra hacienda irá.—Señor, dijo él, no temais; en poca de hora face Dios gran merced é acorro á quien le place, é yo vó contra la soberbia con la medida y buen talante, y ello, que es conforme á Dios, me ayudará; é si don Galaor no viniere, ni otro de los buenos caballeros de vuestra casa, meteré conmigo dos destos míos cuales mejor viere.—No es eso nada, dijo el Rey; que lo habeis con fuertes hombres é usados de tal menester, é no os comple tales compañeros. Mas, mi amigo don Grumedan, yo os daré mejor consejo. Yo quiero secretamente meter mi cuerpo con el vuestro en esta batalla, que muchas veces lo aventurastes vos en mi servicio; é, mi amigo leal, mucho sería yo desagradecido si en tal sazón no posiese yo por vos mi vida é mi honra en pago de cuantas veces posistes la vuestra en el extremo é filo de la muerte

por me servir.» Y en todo esto lo tenia abrazado el Rey, cayéndole las lágrimas de los ojos. Don Grumedan le besó las manos y le dijo: «No plega á Dios que tan leal rey como lo vos sois cayese en tal yerro, por aquel que siempre en crecer vuestra fama é honra será; é como quiera, Señor, que esto tenga en una de las mas señaladas mercedes que de vos he recibido, é mis servicios no puedan ser bastantes para lo servir, no se recibirá por mí, por ser vos rey é señor é juez, que así á los extraños como á los vuestros justamente juzgar en tal caso debe.»

Bienaventurados los vasallos á quien Dios tales reyes da, que teniendo en mas el amor que les deben que los servicios que les hacen, olvidando sus vidas y sus grandezas, quieren poner sus cuerpos á la muerte por ellos, como lo este hacer queria por un pobre caballero, aunque muy rico é abastado de virtudes. «Pues que así es, dijo el Rey, no puedo hacer al sino rogar á Dios que os ayude.» Don Grumedan se fué á su posada, é mandó á dos caballeros de los suyos que se aderezasen para otro día ser con él en la batalla. Mas dígoos que aunque muy esforzado y fuerte era, é usado en las armas, que tenia su corazon quebrantado, porque los que consigo metia en la batalla no eran cuales él habia menester para tan gran fecho; que él era de tan alto é fuerte corazon, que antes la muerte que cosa en que vergüenza se le tornase faria ni diria; pero esto no lo mostraba, sino al contrario todo. Aquella noche albergó en la capilla de Santa Maria, é á la mañana oyeron misa con mucha devocion, é don Grumedan, rogando á Dios que le dejase acabar aquella batalla á su honra, é si su voluntad fuese de ser allí sus dias acabados, lo hobiese merced del ánima. E luego con gran esfuerzo demandó sus armas, é desque vistió su horiga fuerte y muy blanca, vistió encima una sobreseñal de sus colores, que era cárdena é cisnes blancos; é aun no era acabado de armar cuando entró por la puerta la hermosa doncella que con mandado de Grasinda y del caballero Griego allí habia venido, é con ella venian dos doncellas y dos escuderos, é traia en su mano una muy hermosa espada é ricamente guarnida, y preguntaba por don Grumedan, y luego gelo mostraron. Ella le dijo por el lenguaje francés: «Señor don Grumedan, el caballero Griego, que vos mucho ama por las nuevas que de vos ha oido, despues que en esta tierra es, é porque ha sabido una batalla que con los romanos teneis aplazada, déjaos dos caballeros muy buenos que vistes que le aguardaban, y envíaos decir que no querais otros para esta batalla, y que sobre su fe los tomeis, sin otra cosa temer; y envíaos esta hermosa espada, que por muy buena es ya probada, segun vistes en los grandes golpes que con ella dió en el padron de piedra cuando el caballero le andaba fuyendo.» Muy alegre fué don Grumedan cuando esto oyó, considerando en la necesidad que puesto estaba, y que en compañía de tal hombre como el caballero Griego no podia andar sino quien mucho valiese, é díjole: «Doncella, haya buena ventura el buen caballero Griego, que tan cortés es contra quien no conoce, y esto causa la su gran medida; á Dios plega de me llegar á tiempo que gelo pueda servir.—Señor, dijo ella, mucho lo preciaríades si lo co-

nociédeses, é así lo haréis á estos compañeros suyos tanto que los hayais probado; é cabalgad luego, que á la entrada del campo do habeis de lidiar os esperan.» Don Grumedan sacó la espada, é católa cómo era muy limpia, é no parecía en ella señal alguna de los golpes que en el padron diera; é santiguándola, la ciñó y dejó la suya, é cabalgando en el caballo que don Florestan le diera cuando lo ganó á los romanos, como ya oistes, pareciendo en él fermoso viejo é valiente, se fué á los caballeros que lo atendian, é todos tres se recibieron muy ledamente, mas don Grumedan nunca ninguno dellos pudo conocer; é así entraron en el campo tan bien apuestos, que los que á don Grumedan bien querian hobieron gran placer.

El Rey, que ya venido en él, fué maravillado cómo aquellos caballeros sin causa ninguna, no conociendo á don Grumedan, se querian poner á tan gran peligro, y como vió la doncella, mandóla llamar. Ella vió ante él é díjole: «Doncella, ¿por cuál razon estos dos caballeros de vuestra compañía han querido ser en batalla tan peligrosa, no conociendo á aquel por quien la hacen?—Señor, dijo ella, los buenos, así como los malos, por sus nuevas son conocidos; é oyendo el caballero Griego las buenas maneras de don Grumedan é la batalla que aplazada tenia, sabiendo que á esta sazón son aquí pocos de los vuestros buenos caballeros, tovo por bien de dejar estos dos compañeros suyos que le ayudan, que son de tan alta bondad y prez de armas, que ante que el mediodía pasado sea será aun mas quebrantada la gran soberbia de los romanos, é la honra de los vuestros muy guardada, é no quiso que don Grumedan lo sopiese fasta los fallar en el campo, como vos, Señor, habeis visto.» Mucho fué alegre el Rey con tal socorro; que el corazon tenia quebrantado, temiendo alguna desventura que á don Grumedan por falta de ayudarle en aquella batalla le podria sobrevenir, é mucho le gradeció al caballero Griego, aunque lo no mostraba tanto como en la voluntad lo tenia. Los tres caballeros, yendo don Grumedan en medio, se posieron á un cabo de la plaza, atendiendo á sus enemigos; que luego entraron allá el rey Arban de Norgales y el conde de Clara por su parte para los juzgar, é por parte de los romanos fueron Salustanquidio é Brondajel de Roca, todos por mandado del Rey; é á poco rato llegaron los romanos que se habian de combatir, é venian en fermosos caballos é armas frescas é ricas, é como eran membrudos é altos, mucho parecía que habian en sí gran fuerza é valentia, é traian consigo gaitas é trompetas é otras cosas que gran roído facian, é todos los caballeros de Roma que los acompañaban, é así llegaron ante el Rey é dijéronle: «Señor, nosotros queremos llevar las cabezas de aquellos caballeros griegos á Roma, é no os pese que así lo fagamos en la de don Grumedan, que de vuestro enojo nos pesaria, ó mandad que se desdiga de lo que ha dicho, é que otorgue ser los romanos los mejores caballeros de todas las otras tierras.» El Rey no les respondió á aquello que decian; mas dijo: «Id á facer vuestra batalla, é los que ganaren las cabezas de los otros fagan dellas lo que por bien tovieren.» Ellos entraron en el campo, é Salustanquidio é Brondajel los posieron á una parte de la plaza, y el

rey Arban y el conde de Clara posieron á don Grumedan é á sus compañeros á la otra.

Entonces llegó la Reina con sus dueñas é doncellas á las finestras por ver la batalla, é mandó venir allí á don Guilan el cuidador, que flaco éstaba de su dolencia, é á don Cendil de Ganota, que aun no era bien sano de su llaga, é dijo contra don Guilan: «Mi buen amigo, ¿qué os parece que será en esto que mi padre don Grumedan está puesto? (que la Reina siempre le llamaba padre, porque él la criara); que veo aquellos diablos tan grandes é tan valientes, que me ponen grande espanto.—Mi señora, dijo él, todo el hecho de las armas en la mano de Dios es, y en la razon que los hombres por sí toman, que es á él conforme, é no en la gran valentia; y, Señora, conociendo yo á don Grumedan por un caballero muy cuerdo, temeroso de Dios, é defendiendo justicia; é á los romanos ser tan desmesurados, tan soberbios, tomando las cosas por sola voluntad, dígoos que si yo estoviese donde Grumedan está con aquellos compañeros, que no temeria estos tres romanos, aunque se aparto á ellos se llegase.» Mucho fué la Reina consolada é esforzada con lo que don Guilan le dijo, é rogaba á Dios de corazon que ayudase á su amo é le sacase con honra de aquel peligro. Los caballeros que en el campo estaban enderezaron los caballos contra sí, é movieron al mas correr dellos, y como ellos fuesen muy diestros en las armas y en las sillas, parecian unos é otros muy apuestos, y encontráronse muy bravamente en los escudos, que ninguno falleció de su encuentro; así que, las lanzas fueron quebradas, é acació entonces lo que se nunca viera en batalla que en casa del Rey se ficiese de tantos por tantos, que todos tres romanos fueron lanzados de las sillas en el campo, é don Grumedan é sus compañeros pasaron muy apuestos, sin ser de las sillas movidos por ellos, é tornaron luego los caballos contra ellos, é víéronlos cómo punaban de se levantar é juntar de consuno. Don Bruneo hobo una ferida no grande en el costado siniestro de la lanza de aquel con quien justara. Muy grande fué el pesar que los romanos hobieron de la justa, é grande el placer de las otras gentes, que los desamaban, é amaban á don Grumedan. El caballero de las Armas Verdes dijo á don Grumedan: «Pues que les habeis mostrado cómo sabeis justar, no es razon que á caballo los acometamos, siendo ellos á pié.» Don Grumedan y el otro caballero dijeron que decia bien, y descabalgaron de sus caballos, é fueron todos tres juntos contra los romanos, que ya no estaban tan bravos como ante, y el de las Armas Verdes dijo: «Señores caballeros de Roma, dejastes vuestros caballos; esto no debe ser sino por nos tener en poco; pues aunque no seamos de tal nombradía como la vuestra, no quesimos que esta honra nos llevádeses, é por eso descendemos de los nuestros.»

Los romanos, que antes muy locos eran, estaban espantados de se ver tan ligeramente en el suelo, é no respondian ninguna cosa, é tenian sus espadas en las manos, á sus escudos ante sí, é luego se acometieron muy bravamente, é dábanse muy duros golpes, tanto, que á todos los que los miraban hacian maravillan, y en poco espacio apareció en sus armas la valentia é saña dellos, que por muchas partes fueron rotas, é la san-

gre salia por ellas, é asimismo los yelmos y escudos eran mal parados. Mas don Grumedan, con la grande enemiga é saña que tenia, aquejóse mucho, é adelantábase de sus compañeros; de manera que, recibiendo mas golpes, era mal ferido, é sus compañeros, que eran los que sabeis, y que mas temian vergüenza que muerte, viendo que los romanos se defendian, probaron todas sus fuerzas, é comenzaron á los cargar de grandes golpes que fasta allí se habian sofrido; así que, los romanos se espantaron, creyendo que las fuerzas se les doblaban, é tanto fueron afrentados é apretados, que en otra cosa no entendian sino en se guardar, é tirábase afuera tan desacordados, que no tenian tiento para se juntar; mas los otros, que de vencida los llevaban, no los dejaban descansar; que entonces facian en sus enemigos maravillas, como si en todo el día no frieran golpe. Maganil, que el mayor de los hermanos era y el mas valiente, que en todo el día mucho dellos se habia señalado, viendo su escudo fecho piezas y el yelmo cortado é abollado en muchas partes, y en la loriga que no habia defensa, fuése cuanto pudo contra las finestras de la Reina, y el de las armas de los veros, que lo seguia, no lo dejaba descansar; mas él daba voces, diciendo: «Señora, merced por Dios, no me dejéis matar, que yo otorgo ser verdad todo lo que don Grumedan dijo.—Mal hayais, dijo el de los veros, que eso conocido es.» E tomándole por el yelmo, gelo sacó de la cabeza é fizo que gela queria cortar, é la Reina, que lo vió, tiróse de la finiestra. Don Guilan, que allí estaba á las finestras de la Reina, como ya oistes, díjole: «Señor caballero de Grecia, no os tome codicia de llevar á vuestra tierra cabeza tan soberbia como esa; dejadla, si os ploguiere, volver á Roma, donde son preciadas sus maneras; que allá serán aborrecidas.—Facerlo he, dijo él, porque pidió merced á la señora Reina, é por vos, que lo quereis, aunque no vos conozco. Yo os lo dejo; mandadle sanar las heridas; que de la locura curado es.» E volviéndose á sus compañeros, vió cómo don Grumedan tenia al uno de los romanos de espaldas en el suelo, y él las rodillas sobre sus pechos, é dábale en el rostro grandes golpes de la manzana de la espada, y el romano decia á grandes voces: «Ay señor don Grumedan! no me mateis; que yo otorgo ser verdad todo lo que vos dejistes en loor de los caballeros de la Gran Bretaña, é lo mio es mentira.»

El caballero de las armas de los veros, que mucho placer habia de cómo don Grumedan estaba, llamó los fieles que oyesen lo que el caballero decia, é viesen cómo el de las Armas Verdes habia echado del campo al otro que le ya fuyera; mas Salustanquidio é Brondajel de Roca fueron tan tristes é tan quebrantados en ver aquel vencimiento tan aviltado, que sin hablar al Rey se salieron del campo é se fueron á sus posadas, é mandaron que les llevasen aquellos caballeros que se desdijeran, pues que su fuerte ventura les fuera tan contraria; é don Grumedan, viendo que no quedaba qué hacer, con licencia de los fieles, cabalgó él é sus compañeros, é fueron besar las manos al Rey, y el de las Armas Verdes le dijo: «Señor, á Dios quedeis encomendado, que nos vamos al caballero Griego, en cuya compañía somos muy honrados é bienaventurados. Dios os guie, dijo el Rey;

que bien nos habeis mostrado él é vosotros que sois de alto fecho de armas.» Así se despidieron dél, é la doncella, que allí con ellos viniera llegó al Rey é díjole: «Mi señor, oidme á poridad, si vos ploguiere, antes que me vaya.» El Rey fizo apartar á todos é díjole: «Agora decid lo que vos ploguiere.—Señor, dijo ella, vos fuestes fasta aquí el maspreciado rey de los cristianos, é siempre vuestro buen prez llevastes adelante; y entre las vuestras buenas maneras tovistes siempre en la memoria el fecho de las doncellas, haciéndoles mercedes é cumpliéndoles de derecho, siendo muy cruel contra aquellos que tuerto les hacian; é agora, perdida aquella gran esperanza que en vos tenian, tiénense todas por desamparadas de vos, viendo lo que contra vuestra hija Oriana facien queriéndola tan sin causa ni razon desheredar de aquello de que Dios heredera la fizo. Mucho son espavoridas é espantadas cómo aquella vuestra noble condicion así es tan al contrario en este caso tornado, que muy poca fiducia ternán en sus remedios cuando así contra Dios é contra vuestra hija é de todos vuestros naturales usais de tanta crueza, siendo mas que otro ninguno obligado, no como rey que á todos derecho ha de guardar, mas como padre, que aunque de todo el mundo ella fuese desamparada, de vos habia con mucho amor ser acogida é consolada; é no solamente al mundo es mal ejemplo, mas ante Dios sus llantos é lágrimas reclamarán; miraldo, Señor, é conformad el fin de vuestros dias con el principio dellos, pues que mas gloria é fama vos han dado que á ninguno de los que viven; é, mi señor, á Dios seais encomendado; que me vó á aquellos caballeros que me atienden.—Adios vayais, dijo el Rey; que sí, Dios me salve, yo vos tengo por buena é de buen entendimiento.» Ella se fué para sus aguardadores, é tomándola entre sí, se fueron á la galea, que el tiempo les facia enderezado para su viaje; pues luego movieron del puerto, é como sabian que el rey Lisuarte habia de entregar su hija Oriana á los romanos, y qué día habia de ser, cuitáronse mucho de andar porque lo sopiese el caballero Griego. Así que, en dos dias é dos noches le alcanzaron, porque él los iba esperando. Mucho bien se recibieron é con gran placer, por así haber acabado aquellas aventuras tanto á su honra. La doncella les contó cómo la batalla pasara, é lo que se habia fecho en ayuda de don Grumedan, é la necesidad tan grande que tenia por falta de compañeros, y el placer que con ella hobo, é las gracias que enviaba al caballero Griego por tal socorro, todo lo contó; que no faltó nada. Grasinda le dijo: «¿Sopistes lo que el Rey ordena de facer de su hija?—Sí, Señora, dijo la doncella; que en cuatro dias despues que de allí partistes la han de meter en la mar en poder de los romanos para que la lleven. Mas, ver, Señora, los llantos que ella é sus doncellas facen, é todos los del reino, no hay persona que lo pueda contar.» A Grasinda le vinieron las lágrimas á los ojos, é rogaba á Dios que mostrándole su misericordia, en esta gran sinrazon le enviase algun remedio. Mas el caballero Griego fué muy alegre de aquellas nuevas, porque ya tenia él en su corazon de la tomar, é no via la hora de estar envuelto con los romanos; y que esto hecho, gozaria de su señora con descanso de su triste corazon; que por

otra guisa no lo podía haber; que lo del rey Lisuarte ni del Emperador no lo tenía en mucho, que bien pensaba de les dar harto que hacer; é lo que mas á su ánimo alegría daba, era pensar que sin culpa de su señora esto se facia.

Pues así hablando é folgando como ois, llegaron un día á hora de terciá al gran puerto de la insola Firme; é los de la insola, que ya por Gandalin sabian el tiempo de su venida, vieron de muy léjos las fustas, é conosciéron, segun las señas, que él era. El alegría fué muy grande en todos ellos, que lo mucho amaban, é acudieron con mucha priesa á la ribera, é con ellos todos los grandes hombres de su linaje é amigos que lo atendian; é cuando Grasinda llegó al puerto é vió tanta gente, y el alegría que en todas partes facian, mucho fué maravillada, é mas cuando oyó decir á todos: «Bien venga el nuestro señor, que tanto tiempo de nos ha sido alongado.» E dijo contra el caballero Griego: «Señor, ¿por qué causa vos hacen estas gentes tanto acatamiento é honra, diciendo: Bien venga nuestro Señor?» El le dijo: «Señora, demándoos perdon porque tan luengamente de vos me encobrí; que no pode menos facer sin gran peligro de mi vergüenza, é así lo he fecho por todas las tierras extrañas que andove, que ninguno mi nombre saber pudo; é agora quiero que sepais que yo soy el Señor desta insola, é soy aquel Amadís de Gaula de que algunas veces oíades fablar; é aquellos caballeros que allí védes, son de mi linaje é mis amigos, é las otras gentes mis vasallos, é á duro se fallarian en el mundo otros tantos caballeros que en gran valor se les igualasen.— Si yo, Señor, dijo Grasinda, placer siento en saber vuestro nombre, así mi corazon es triste en no vos haber fecho aquel servicio que hombre tan alto é de tal linaje merecia, é habiéndoos tratado como un pobre caballero andante, siéntome por muy desdichada, é si alguna cosa me consueta, no es al, salvo que la honra que en mi tierra se vos hizo, si alguna fué que vos agradasse, se puede atribuir al valor de vuestra sola persona, sin dar parte ninguna al vuestro grande estado ni alto linaje, ni tampoco á estos caballeros que me tanto loais.» Amadís le dijo: «Señora, no se fable mas en esto, que las honras é mercedes que de vos recibí, fueron tantas é tales y en tal sazón, que conmigo ni con aquellos que allí veis, que mas que yo valen, no las podría pagar.» Entonces se llegaron al puerto donde todos los atendian, é allí era don Gandáles con veinte palafrenes, en que las mujeres subiesen arriba al castillo; mas para Grasinda sacaron de las naos un palafren muy hermoso con guarniciones de oro é plata esmaltados; y ella se vistió de paños ricos á maravilla, y desde el batel donde ella é Amadís venian, echaron tablas muy fuertes fasta el arena, por donde salieron, é á la ribera los atendian Agrájes é don Cuadragante é don Florestan é Gavarte de Val Temeroso, y el bueno de don Dragónis é Orlandin, é Ganjes de Sadoea (1), é Argoman el valiente, é Sardanán, hermano de Angriote de Estravaus, é sus sobrinos Pinores é Sarquiles, Madansil de la Puen-

(1) Parece distinto del que en las páginas 262 y 263 es llamado Gangel de Sadoea, pues aquel se hallaba en la corte del rey Lisuarte, y este era uno de los caballeros de Amadís en la insola Firme.

te de la Plata, é otros muchos hombres buenos que las aventuras demandaban, mas de treinta; y Enil el bueno y entendido estaba ya dentro en el batel hablando con Amadís. Ardian el enano é Gandalin con las doncellas de Grasinda.

Entonces tomó Amadís á Grasinda por el brazo, é sacóla del batel hasta la poner en tierra, donde con mucho acatamiento é cortesía de todos aquellos señores fué recibida, é dióla á Agrájes é á Florestan, que en el palafren la posieron. Mucho fueron todos pagados de su gran fermosura é rico atavío; así la llevaron como ois, é á sus dueñas é doncellas á la insola, donde en las fermosas casas que Amadís é sus hermanos albergaron cuando fué la insola ganada, la hicieron ser, é allí, por le facer mayor fiesta, comieron con ella todos los mas de aquellos caballeros; que don Gandáles lo ficiera tener muy bien aparejado, siendo maestresala Ardian el enano, que de placer no cabia consigo, diciendo muchas cosas con que les facia reír; mas Amadís, en toda esta revuelta, nunca de sí tiró al maestro Elisabat, antes lo tomó por la mano, é mostrándolo á todos, les decia que Dios é aquel le ficieran vivir, é á la mesa lo hizo asentar entre él é don Gavarte de Val Temeroso; pero todos estos placeres é la vista de aquellos caballeros que Amadís tanto amaba, no podian tanto que su corazon no fuese en grande apretura puesto, pensando que los romanos podrían con Oriana pasar por la mar antes que él los encontrase, é no podía sosegar ni haber descanso con otra ninguna cosa, porque en comparacion de aquella que él tanto amaba, todo lo otro le era causa de gran soledad.

Pues habiendo todos con gran placer comido, é levantados los mantejes, Amadís les rogó que ninguno de su logar se moviese, que les queria fablar, y ellos lo hicieron así. Viendo pues Amadís sosegados á aquellos caballeros que á las mesas estaban, atendiendo lo que él diria, fablóles en esta guisa: «Despues que me no vistis, mis buenos señores, muchas tierras extrañas he andado é grandes aventuras han pasado por mí, que largas serían de contar; pero las que mas me ocuparon, é las que mayores peligros me atrajeron, fué socorrer dueñas é doncellas en muchos tuertos é agravios que les hacian; porque, así como estas nascieron para obedecer con flacos ánimos, é las más fuertes armas suyas sean lágrimas é sospiros, así los de fuertes corazones extremadamente entre las otras cosas las suyas deben tomar, amparándolas, defendiéndolas de aquellos que con poca virtud las maltratan é deshonoran, como los griegos é los romanos en los tiempos antiguos lo hicieron, pasando las mares, destruyendo las tierras, venciendo batallas, matando reyes é de sus reinos los echando, solamente por satisfacer las fuerzas é injurias á ellas fechas, por donde tanta fama é gloria dellos en sus historias ha quedado y quedará en cuanto el mundo durare; pues lo que en nuestros tiempos pasa, ¿quién mejor que vosotros, mis buenos señores, lo sabe, que sois testigos por quien muchas afrentas é peligros por esta causa cada dia pasan? No vos hago tan luenga fabla, poniendo delante los ejemplos antiguos verdaderos, pensando con ellos esforzar vuestros corazones, que ellos son en sí tan fuertes, que si lo que les

sobra por el mundo repartir se podiese, ningún cobarde en él quedaria; mas porque las buenas hazañas pasadas recordadas en las memorias queden con mayor cuidado, con mayor deseo las presentes se procuran é toman. Pues viniendo al caso, yo he sabido despues que á esta tierra vine, el gran tuerto que el rey Lisuarte á su hija Oriana facer quiere; que siendo ella la legitima sucesora de sus reinos, él, contra todo derecho, desechándola dellos, al emperador de Roma por mujer la envia, y segun me dicen, mucho contra la voluntad de todos sus naturales, é mas della, que con grandes llantos, grandes querellas, á Dios é al mundo reciamando, de tan gran fuerza se querella. Pues si es verdad que este rey Lisuarte, sin temor de Dios ni de las gentes, tal crueza hace, dígovos que en fuerte punto acá nacimos si por nosotros remediada no fuese, pues que dejándola pasar, se pasaban é ponian en olvido los peligros é trabajos que por ganar honra é préz fasta aqui tomado habemos. Agora diga cada uno, si vos ploguiere, su parescer, que el mio ya vos he manifestado.»

Luego respondió Agrájes, por ruego de todos aquellos caballeros, é dijo: «Aunque vuestra presencia, mi señor é buen primo, nuestras fuerzas dobiado haya, é las cosas que antes mucho dudábamos, con ella livianas é de poca sustancia parezcan, nosotros, con poca esperanza de vuestra venida, habiendo sabido esto que el rey Lisuarte facer quiere, determinados éramos al remedio é socorro dello, no dejando tan gran fuerza pasar, antes ó ellos ó nosotros ser pasados de la vida á la muerte; é pues que en la voluntad conformes somos, seámoslo en la obra, é tan presto que aquella gloria que deseamos alcanzar se pueda, sin que por nuestra negligencia se pierda.» Oida por aquellos caballeros la respuesta de Agrájes, todos á una voz, teniéndola por buena, dijeron que el socorro de Oriana se debía hacer, é que se no tardase; que si era verdad que por muchas cosas livianas sus vidas aventuraban, con mas voluntad lo debian facer en esta tan señalada, que perpétua gloria en este mundo les darian. Como Grasinda vió el concierto, abrazando á Amadís, le dijo: «¿Ay Amadís, mi señor! agora parece bien el vuestro gran valor é de los vuestros amigos é parientes, en facer el mejor socorro que nunca caballeros hicieron; que no solamente á esta tan buena señora, mas á todas las dueñas é doncellas del mundo se face, porque los buenos y esforzados caballeros de otras tierras, tomando en ejemplo en esto, con mayor cuidado é osadia se pornán en lo que con razon por ellas deben hacer; é los desmesurados é sin virtud, habiendo temor de ser tan duramente constreñidos, refrenarse han de les facer tuertos é agravios; é mi Señor, id con la bendicion de Dios, y él vos guie y enderece; yo os atenderé aquí fasta ver el cabo, é despues faré lo que mandádes.» Amadís gelo gradesció mucho, é dejóla en guarda de Isanjo, el gobernador de la insola, que la hiciese servir é le mostrase todas las cosas sabrosas que por la insola eran, é ficiese mucha honra al su gran amigo, maestro Elisabat. Mas el maestro le dijo: «Buen señor, si yo en algo vos puedo servir, no es sino en semejantes cosas que estas á que vais; que con las armas, segun mi hábito, excusado me habréis;

así que, por ninguna guisa quedaré; antes quiero ser en socorro vuestro con esto que Dios me dió, si á vos, Señor, ploguiere; que bien sé, segun la gran locura de los romanos é la porfia de vosotros, que seréis de mí bien servidos é ayudados.» Amadís lo abrazó é dijo: «¿Ay maestro, mi verdadero amigo! á Dios plega por la su merced que lo que por mí habeis fecho é faceis de mí vos sea galardonado, y pues vos place de ir, entremos luego en la mar con la ayuda de Dios.» Como la flota aparejada estoviese de todo lo necesario al viaje, é la gente apercebida, á la prima noche, mandando Amadís que todos los caminos se tomasen, porque nuevas algunas dellos no fuesen sabidas, entraron todos en la flota, é sin hacer ruido ni bullicio, comenzaron á navegar contra aquella parte que los romanos habian de acudir, segun el camino que les pertenecia llevar para que en la delantera los hallasen.

## CAPITULO XIX.

Como el rey Lisuarte entregó su hija muy contra su gana, é del socorro que Amadís con todos los otros caballeros de la insola Firme hicieron á la muy hermosa Oriana.

Como determinado estoviese el rey Lisuarte en entregar á su hija Oriana á los romanos, y el pensamiento tan firme en ello, que ninguna cosa de las que habeis oido le pudo remover; llegado el plazo por él prometido, fabló con ella, tentando muchas maneras para la atraer, que por su voluntad entrase á aquel camino que á él tanto le agradaba, mas por ninguna guisa pudo sus llantos é dolores amansar. Así que, yendo muy sañudo, se apartó della é se fué á la Reina, diciéndole que amansase á su hija, pues que poco le aprovechaba lo que facia; que no se podía excusar aquello que él prometiera. La Reina, que muchas veces con él fablara sobre ello, pensando hallar algún estorbo, é siempre en su propósito le halló, sin le poder ninguna cosa mudar, no quiso decirle otra cosa sino facer su mandado, aunque tanta angustia su corazon sintiese, que mas ser no podía, é mandó á todas las infantas é otras doncellas que con Oriana habian de ir, que luego á las barcas se acogiesen; solamente dejó con ella á Mabilia é Olinda é la doncella de Denamarca, é mandó llevar á las naves todos los paños é atavíos ricos que ella le daba. Mas Oriana cuando vió á su madre é á su hermana fué para ellas, haciendo muy gran duelo, é trabando de la mano á su madre, comenzóla de besar, y ella le dijo: «Buena hija, ruégovos agora que seais alegre en esto que vos el Rey manda; que fio en la merced de Dios que será por vuestro bien, é no querrá desamparar á vos é á mí.» Oriana le dijo: «Señora, yo creo que este apartamiento de vos é de mí será para siempre, porque la mi muerte es muy cerca.» E diciendo esto cayó amortecida, é la Reina otrosí; así que, no sabian de sí parte. Mas el Rey, que luego allí sobrevino, hizo tomar á Oriana así como estaba y que la llevasen á las naos, é Olinda con ella, la cual, fincados los hinojos, le pedia por merced con muchas lágrimas que la dejase ir á casa de su padre é no la mandase ir á Roma; pero él era tan sañudo, que no la quiso oír, é fizola luego llevar tras Oriana, é mandó á Mabilia é á la doncella de Denamarca que asimismo se fuesen